An abstract painting with a central figure in blue and yellow, surrounded by dark, swirling colors. The figure appears to be wearing a crown or a decorative headpiece. The overall composition is dynamic and expressive, with visible brushstrokes and a rich color palette.

Martha Victoria Larrea

Abelardo Moncayo Jijón
Abelardo Moncayo Andrade
POLÍTICOS DE FUSTE

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "NÚCLEO DE IMBABURA"

Martha Victoria Larrea

Abelardo Moncayo Jijón
Abelardo Moncayo Andrade
POLÍTICOS DE FUSTE

Colección TAHUANDO N° 270

Ibarra, 2019

Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión"
Núcleo de Imbabura

Luis Fernando Revelo C.
DIRECTOR

ABELARDO MONCAYO JIJÓN - ABELARDO MONCAYO ANDRADE

POLÍTICOS DE FUSTE

© Martha Victoria Larrea

Colección: "TAHUANDO" Nº 270

Portada: Autor: Diego Ruano. Título: Comediante. Técnica: Oleo

Exposición: Sinfonía de formas y colores.

Diseño: Julio Flores Ruiz

1ª edición, 20 de febrero de 2019

Impresión, Studio21

Quito-Ecuador

PRESENTACIÓN

Recordar el pasado histórico de los pueblos, es una obligación cívica ciudadana para enmendar los errores y proyectarse al futuro de bienestar.

Nada en la sociedad como en la naturaleza es estático, pues siempre están en constante cambio y movimiento; de otra manera no se puede entender, que la sociedad en su desarrollo haya pasado por diferentes etapas, marcadas por las conquistas, las guerras y el nacimiento de las repúblicas en las que se hayan instaurado gobiernos democráticos, dictatoriales y populistas, con la novedad de que en los últimos tiempos, más que antes, estén salpicados de antivalores. Lo que llama a la reflexión e impulsa a ver hacia atrás donde hubieron verdaderos patriotas por las causas de la libertad y los derechos humanos, bien entendidos desde luego, sin que tomemos partido por excesos de alguno de los líderes.

En esa tónica hemos escogitado a dos personajes de nuestra historia nacional, que son considerados, entre otros, como políticos, educadores, escritores y poetas.

Nos referimos a Don Abelardo Moncayo Jijón y a su hijo Don Abelardo Moncayo Andrade que compartieron sus ideales ciudadanos, que sus escritos levantaron revuelo dentro de la oposición e igual fueron perseguidos por sus enemigos políticos.

Hemos pensado que lo mejor para los lectores es conocer la tendencia política y la expresión literaria de dichos personajes en sus propias palabras y de otros, para lo cual transcribimos párrafos seleccionados de sus obras; párrafos que los cerramos con la simbología ortográfica de corchetes [...] que significa que los textos continúan en páginas y páginas, que si tienen interés en conocerlos en su totalidad, pueden buscarlos en la bibliografía que se anota. Creemos que es necesario retomar la buena costumbre de antaño, leer para crecer personal e intelectualmente y actuar con razonamiento ante los avatares de la vida política de nuestros países; es una tarea para los maestros de hoy en la motivación a sus discípulos.

Los dejamos con la inquietud de conocerlos más a fondo para que se formen sus propias opiniones y valoraciones.

Martha Victoria Larrea

ABELARDO MONCAYO JIJÓN

Abelardo Moncayo Jijón (06-06-1847) – (29-06-1917)

Nació el 6 de junio de 1847, hijo del Sr. Alejandro Moncayo Sierra, abogado riobambeno, y de la Sra. Mercedes Jijón Andrade, natural de Atuntaqui. Desde los tres años en que quedó huérfano de padre fue enviado a Quito a casa de sus tías paternas, donde le prodigaron la primera enseñanza.



En 1860 ingresó al Colegio San Luis donde empezó a estudiar Filosofía. Y el 10 de febrero de 1863 fue admitido como novicio en la Compañía de Jesús. Su noviciado lo había posicionado como gran orador y, según se dice, era conocedor de las doctrinas materialistas y el positivismo de Spencer, habiéndose separado temporalmente de los textos de los Jesuitas. Lo que no fue óbice como conocedor del latín, para que dé clase a los mismos sacerdotes y se destaque como profesor en diferentes colegios de Guayaquil, Quito, Cuenca y Riobamba, hasta que en 1869 debido a ciertas fricciones con sus superiores pidió la separación de la Orden, lo que le fue concedido a principios

de 1871, pero continuó su trabajo magisteril como seglar hasta 1875 en diferentes colegios. Ya para entonces se había identificado con el pensamiento montalvino y de escritores franceses, por consiguiente con el liberalismo, lo que le llevó a combatir a García Moreno, Presidente de la Nación, a través de sus escritos en periódicos de Ambato, Quito y Guayaquil, y, según consta en la historia fue partícipe, de alguna manera, del atentado que acabó con la vida del gobernante acaecida el 6 de agosto de 1875.

A partir de ese hecho histórico, vivió oculto en la hacienda de su familia política, los Andrade Rodríguez en la población de Puntal (hoy Bolívar), Provincia del Carchi y en “La Quinta”, propiedad de su suegro cercana a Otavalo, donde contrajo matrimonio con Doña Dolores en 1876, dedicando su tiempo a escribir, a filosofar y a trabajar en la agricultura.

Cuando se aprestaba a dejar su confinamiento, el Decreto Supremo del 6 de junio de 1882 emitido por el General Veintemilla, le hizo constar como fuera de la ley por sus escritos en los periódicos “La Candela” y “El Combate”. Y en octubre del año siguiente la Corte lo declaró culpable de homicidio, por lo que hubo de seguir oculto en el campo hasta 1895 en que estalló la Revolución Liberal, incorporándose, entonces, a las tropas revolucionarias.

Eloy Alfaro reconociendo su valía luchadora logró que la Corte declare prescrita la acción penal en su contra y a su vez lo incorporó a su equipo desempeñándose en diferentes cargos de gobierno; entre otros, en enero de 1896, como

Gobernador de la Provincia de Imbabura, en adelante y en su orden, Canciller de la República, Diputado por la Provincia del Carchi, Presidente de la Asamblea Constituyente, en esa función le cupo el honor de ceñir la Banda que consagró al General Eloy Alfaro como Presidente Constitucional de la República, Ministro del Interior y Policía, Senador por la Provincia de Imbabura, Encargado de la Presidencia de la República del 23 de agosto al 10 de septiembre de 1908, Miembro de la Junta de Notables Liberales.

Se retiró de la política en 1912 luego del asesinato de su cuñado el General Julio Andrade. En 1914 Leonidas Plaza Presidente de la República ordenó su destierro a Lima-Perú, junto con José Peralta y José de Lapierre. Al cabo de un año regresó al país, falleciendo el 29 de junio de 1917.

Rodolfo Pérez Pimentel en su Diccionario Biográfico esbozó el siguiente retrato de este insigne ciudadano de la patria: "Rubio, nervioso, austero y de mirada franca, estudioso, talentoso, rebelde, independiente de criterio, vehemente y de excelente memoria. Su ostracismo le convirtió en mártir, su actuación en la constituyente del 96 en fundador del laicismo en el Ecuador, sus posteriores funciones en sostenedor y mantenedor de las conquistas liberales en el Ecuador, por eso está considerado uno de nuestros principales repúblicos. De barba colorada, pecoso, de cara fina, amigo de la literatura y la poesía, sociable y apóstol de las concepciones liberales en política, era un joven de talento, ilustrado y de intachable conducta".

Sus biógrafos lo catalogan como estadista, crítico literario, escritor, poeta y educador.

Cabalmente sobre el último rol enunciado nos place transcribir un escrito, del maestro Antonio Lloret, en el LIBRO DEL CINCUENTENARIO de la fundación de los Colegios Normales “Manuela Cañizares” y “Juan Montalvo” 1901-1951. Consideramos necesario hacerlo conocer a los lectores y a quienes deseen ser Maestros, como nuestro homenaje, a las instituciones que realmente formaron maestras y maestros de profunda vocación para la enseñanza y mística de trabajo fecundo, en bien de la comunidad y la Patria toda. Cuando en los últimos tiempos aquellos valores magisteriles se han trastrocado de manera general, al considerar al magisterio como una fuente más de trabajo, con las consiguientes repercusiones sociales. Amerita, entonces, traer a colación aquel texto de quien vivió la magnífica aplicación del laicismo generado por el “mejor ciudadano ecuatoriano” el General Eloy Alfaro, en el que expone su concepción del Liberalismo y su admiración por Abelardo Moncayo Jijón resaltando su personalidad y profesionalismo.



REALIZADOR DEL LAICISMO EN EL ECUADOR

Antonio Lloret

Quienes por inclinación vocacional, por pasión de clase, por amor de laicismo y de magisterio, vivimos estrechamente ligados a la realidad primaria, nunca podíamos contemplar sin profundo, sin emocionado, sin cálido fervor, el Cincuentenario del Normalismo Ecuatoriano (1901-1951) transparentado en la fundación de los Colegios quiteños “Manuela Cañizarez” y “Juan Montalvo”, cuya realidad es el más vivo, el más alto, el más legítimo monumento a la lucha ideológica del Liberalismo Nacional, encabezado en hora propicia por el General Eloy Alfaro y por sus Ministros y colaboradores, entre quienes cabe destacar la memoria de Abelardo Moncayo, Celiano Monje, Roberto y Julio Andrade, José Peralta, el mismo Manuel María Sánchez, y como gobernante, también el General Leonidas Plaza Gutiérrez, y otros nombres ilustres que en esta ocasión deben ocupar el primer puesto en el corazón de los maestros laicos y de todos los profesores normalistas del norte y del sur, del este y del oeste de la Patria.

Bien pudiéramos por esta vez, hablar de la exaltación de los maestros, o acaso del Normalismo como fundamento de la ecuatorianidad; sin embargo, a un laico de alta convicción, a un normalista escritor de historia biográfica, por añadidura, como el que esta línea suscribe, no le cabe ponderar sobre tal hecho; mas sí, ponderar y aplau-

dir, devotamente, la vida y la obra de los maestros auténticos, que en hora luminosa ofrendaron toda su sapiencia en pro de la cultura ecuatoriana. Entre estos maestros: Moncayo, Montalvo, Monje, Sánchez, etc., luce la figura de Don Abelardo Moncayo para quien mi veneración alcanza la grandeza de la cumbre.

Aprovechando, pues, la ocasión del Cincuentenario del Normalismo, me place repetir mis modestas y humildes palabras que sobre tan alto ecuatoriano escribí un día del año pasado en conmemoración al 13 de Abril, Día del Magisterio Laico Nacional.

Y como del Cincuentenario se trata no he de dejar, tampoco, de acordarme del General y héroe de la Patria, Eloy Alfaro, sobre quien se encendieron una veintena de páginas, calificándolo de llamarada en el hombre, y en cuyo estudio decía, como las finales de las que se publicaron en la prensa del Ecuador, las siguientes líneas, relacionadas con la educación en el Ecuador [...].

Tal en síntesis la obra educacional del gran reformador ecuatoriano. Alfaro, Moncayo, los Andrade bien habrían dicho en las horas luminosas de la revolución lo que dijo Domingo Faustino Sarmiento en su hora argentina: “Educar es poblar”. “Educar es ser simplemente hombre libre”. “La Patria debe ser una Escuela”. Y ahora vuelvo a la enunciación de estas páginas con las que se relaciona a Don Abelardo Moncayo, en la Fiesta Nacional del Magisterio Laico.

Helas aquí:

LOS CUATRO MAESTROS

El mes de abril está dedicado en el Ecuador al magisterio de mi Patria. Es la fiesta intelectual del maestro primario laico, para recordar y enaltecer la vida y la obra de Montalvo, de González Suárez y Luis Felipe Borja, tres maestros, adalides, cada uno, de un pensamiento vivo, de una doctrina y de un ejemplo. Porque el 13 de Abril se recuerda la nacencia de los primeros y el fenecer del tercero; pero sobre todo, la castiza rebeldía de Montalvo, la amplia virtud del Ilustrísimo González Suárez y la admirable consagración científica de Borja.

A ellos hay que agregar, desde ahora, un cuarto maestro. El ordinal nada dice, ni las fechas. Hay que agregar, repito, el recuerdo y la exaltación de Don ABELARDO MONCAYO. De este Don Abelardo Moncayo, que también fue maestro; y, acaso, el que con más vocación ejerció la docencia; de este ilustre ecuatoriano, Moncayo, tan laico y tan rebelde como Montalvo: tan humanista como González Suárez; tan estudioso como Borja, y reformador, en alto grado, del pensamiento educacional.

Hay que añadir este nombre luminoso a la fiesta de abril; porque yo quisiera que no fuesen tres sino cuatro, los maestros patronos de mi Patria: Montalvo, El Arzobispo, Borja y Don Abelardo Moncayo.

El padre espiritual de la escuela laica en el Ecuador –el laicismo en sangre y espíritu– el reformador, el creador y el maestro, sin duda, es Don Abelardo Moncayo.

Cronológicamente, todas cuatro son vidas paralelas. Con la breve excepción de Montalvo (1832-1889), las demás principian y acaban casi juntas y alcanzan, por ello con sus enseñanzas, las auroras de este siglo tremendo. Borja (1845-1912), amanece a la inmortalidad cuando ya se anunciaba la primera hecatombe en Europa, raíz de su sangre; y, González Suárez (1844), con Moncayo (1848), principian igual camino en 1917, mientras la noche de Occidente sacude y pasma la sangre.

Ideológicamente, cumplen lucha paralela, Montalvo como generador, Borja como idealista, Moncayo como realizador de los principios doctrinarios del liberalismo ecuatoriano. Y aún el mismo Arzobispo, al enseñar a escribir y hacer la historia.

Pero, en la causa que con mayor vigor se enlazan estos espíritus superiores, es en la causa del magisterio nacional. Todos cuatro enseñan. Todos cuatro son maestros de su tiempo. ¡ Y qué enseñanzas! ¡Y qué tiempos!

Si enseña Montalvo, ha de enseñar la luz de una nueva era; si habla y escribe el Arzobispo, han de hablar y han de escribir con él, el alma nacional, el espíritu cívico y el juicio certero de la Historia; si enseña y escribe Borja, han de enseñar, han de escribir con él, el Derecho y la legislación ecuatorianas y acaso universal. Y si Moncayo enseña

y si él crea y enrumba, con él también, ha de venir a enseñar, a crear y enrubar, para prestigio de la Patria, el espíritu docente ecuatoriano. Todo ello en un tiempo para llamarlo épico, tiempo llano, pero más firme que el nuestro y en el cual la fe humana deja, por lo mismo, huella indeleble y precisa.

¿Cuántos discípulos van hoy tras sus sendas? Los cuatro maestros hablan a las generaciones en la diaria presencia de la escuela. Y habla Don Abelardo, desde el origen del laicismo nacional, monumento que él forjara a costa casi de toda su existencia.

Quién o quiénes hacen lo mismo en la mitad de este siglo; porque ahora quién enseña?... Los cuatro maestros del Ecuador pueden seguir enseñando al mundo!

EL SOLITARIO DE “LA QUINTA”

De aquellos Muciola, romanos de pelo en pecho, que dijo Montalvo en pro de los conjurados, de esos fue Abelardo Moncayo.

Ahora está prófugo. Tiene que huir, que andar errante, oculto, a salto de mata. Pero no abandona el país.

Aquí ha de estar uno, cinco, diez, veinte años, entre Quito y Otavalo, mientras cruzan sobre el tiempo de la Patria días amargos, días oscuros, días de dictadura ominosa.

Definitivamente el 6 de agosto de 1875 que ellos forjaron, ha fracasado. En vano la sangre de Campuzano y

de Cornejo Astorga rubrica el tiranicidio. Ante la reacción, el vencedor del déspota, Roberto Andrade, se encamina a Ipialles, por abrazar a Montalvo. Solo, en espera de lo incierto, de lo imprevisto, como en calvario, Abelardo Moncayo, que ha cumplido los 27 años, se queda en la provincia.

Y entonces comienza para él, la soledad, el entrañamiento en su propia casa, signado por el odio de los garcianos, mientras la tea libertaria alumbra con resplandores gigantescos su camino. Inicia sí su sacrificio; pero un sacrificio fecundo; porque de allí ha de salir el discípulo de Séneca y de Casio, fortalecido para la reforma sustancial del 95.

¡Veinte años! Nada es el tiempo para los hombres de acción como Moncayo. En este largo Interregno campesino pule sus armas, robustece su espíritu y enseña a los demás.

Allá, en plena naturaleza, el solitario de "Quinta", hacienda y heredad propias, sueña y piensa, ama y evoca, estudia, orienta. Y está como en una constante vigilia sobre el altar de la libertad.

Una de tantas tardes, el ardiente enemigo de García Moreno, recuerda de sus años mozos: En Quito casi lo obligaron a vestir jesuita; pero ¿quién puede poner puertas a la inteligencia?... Y entonces una tarde quema el hábito y no vuelve más a pensar en el nefando tiempo del claustro.

Luego de la breve iniciación en Cuenca, torna a su tierra natal, haciendo extoricismos mentales contra la Compañía de Cristo que pretendió poner en él, el gesto de la hipocresía y de demolición del espíritu. Ahora él es incon-

quistable. Ahora está libre. Ahora puede enseñar. Puede leer más ampliamente cuanto quisieron impedirselo. Ahora recién comienza a ser hombre.

Y recuerda a su fraternal condiscípulo: Federico González Suárez: una lágrima se redondea en sus pupilas y piensa en los cordiales días de la escuelita quiteña de San Francisco, cuando miraba pobre, huérfano y descalzo, al que ahora, ya sacerdote, debe estar enseñando en Cuenca. ¡Ah, su amigo grande, el que ha de ser prelado! ¡Nunca jamás ha de marchitar su amistad!

Evoca, también, más lejano, al aristocrático señor descendiente de los Borgia, al que iba con él al Convictorio de San Luis, a Luis Felipe Borja, que tanta fama dieron juntos al Colegio.

Esta tarde, Moncayo se acuerda de todos y de todo! Es uno de tantos días de destierro en “La Quinta”. Qué importan el mes o el año? Si el calendario, como un rondó de negras y uniformes notas va deshojándose lentamente, morosamente, entre un si es y no es monótono y desesperante.

Pero se acuerda! Ah, cuando leía con Roberto, a la lumbre incierta de un candil, al generalísimo Montalvo: conspirad, matad! Y tiene impulsos de abrir de nuevo “La Dictadura Perpetua” y releerla. Acaso se sabe de memoria, y, en mitad de la tarde, escribe a Quintiliano Sánchez: “Recién va a comenzar la lucha, y tienes que afiliarte a nuestra bandera, porque es tu deber y el de nuestro caro Echeverría (Juan Abel); el Cosmopolita es nuestro gene-

ralísimo; ha tomado nuestra causa como suya y el primer paso de la vanguardia es preparar y uniformar la opinión”.

Algunas noches suenan pasos apresurados en “La Quinta”. El conjurado piensa en la libertad. A lo lejos, un apagado disparo pone la nota de alerta sobre el lecho. Quiere huir en pos de la montaña que se insinúa en contorno. Se viste ligero y espía. Sombras asoman en el patio. Será la patrulla policíaca que lo busca? Serán amigos que llegan? Pronto ha de saber la verdad. Pero esa noche, el solitario abre los brazos y quiere gritar de alegría.

– Roberto!

– Abelardo!

Estrecho abrazo los confunde.

Roberto Andrade ha llegado a “La Quinta”. Trae noticias familiares y cartas de Montalvo. Y juntos pasan una larga temporada, aguardando el nuevo día de la anunciación.

Otra vez, la visita del maestro; les dice que Borrero, estricto observador de la ley, no quiere reformar lo garciano, y esa voz les observa: aguardad, esperad, no abandonéis todavía el refugio. Estad, eso sí, alertas; porque la revolución está próxima.

Y Moncayo y Andrade, que confiaban en el Presidente azuayo, para escapar del campo y asomar, otra vez, a la liza.

Fecundos son en recuerdos los días del perseguido. Cartas van y cartas vienen. El fiel criado, la peonada de la hacienda, el pueblo vecino, lo ayudaban a sobrellevar el mal tiempo, y los días transcurren lentos, en bohomía,

casi sin incidentes. Vuelve a quedar solo, rodeado de evocaciones y nostalgias, mirando su juventud que se va y sin aún comenzar la obra. Roberto Andrade ha salido otra vez para Colombia.

Moncayo supira y piensa. Y en medio de la tarde interminable, un paréntesis de dicha le sobrecoge, siente como su corazón le palpita ardoroso y quiere como escapársele del pecho; allá, en algún escondido pueblecito del Carchi, está su novia. Y de ella, esa tarde silenciosa, ha recibido una misiva. Letra menudita, mínima, fresca como el rocío. Besa la carta y comienza a leerla; en cada sílaba y en cada palabra se transparenta el ansia del amor profundo ¡Carta de su novia! Y el pecho se le ahoga en suspiros: reproches trae la carta.

¡A cómo quisiera enseñársela a Roberto. Y dialoga en la soledad:

- Mira, lee; tu hermana no nos comprende; pero la amo, la amo, Roberto y yo sé que ella también me ama!...

Su novia! Ah, su hermosa Lolita; la hermana del héroe de la conjuración; la hermana de Julio, el gallardo futuro General, cómo le reprocha y le reconviene por la muerte de García, en el lejano 6; cuando él, Abelardo, soñaba entregarle ese lauro más en su vida, en prueba de amor, porque hasta le había escrito: "así juzgaba hacerme más digno de su corazón".

El amante no desespera: Y un día, en pleno tiempo, de la soledad heroica, Abelardo Moncayo, logra el ideal de toda su juventud, casándose con la hermana de los An-

drade. Ahora, doña Dolores ya es su fiel compañera para la existencia.

Y el tiempo del aislamiento sigue: Veintemilla pasa como una sombra pestilente. La Restauración es el último baluarte en el cual confían los exilados. La Restauración triunfa más no la doctrina y ella deja un caso pintoresco: Caamaño. Todavía persiguen a los forjadores del tiranicidio. Y luego el Progresismo: Flores, Cordero, los Salazar.

En “La Quinta”, el desterrado trabaja con fe, con fervor, ara, enseña y escribe. Labra la tierra un día y otro día congrega a los pequeñuelos de la hacienda para enseñarles el alfabeto. Escribe para los periódicos de Guayaquil y Ambato, y mientras a su lado tiene abiertos a los humanistas y clásicos, al otro lado, un grupo de chiquillos descifran el ABC y escriben las lecciones del maestro.

De repente, resplandece la hora de la justicia, la claridad anunciadora de la nueva era llega hasta los altozanos y montañeses de “La Quinta”, y el solitario se estremece. Está de pie. Cierra los libros, despide a los pequeñuelos a quienes enseñó a leer, y derechamente, se encamina a Quito: es el 5 de junio de 1895.

Abelardo Moncayo ha esperado 20 años! Difícilmente, en la historia de la Patria, otro hombre ha de igualarlo en la firmeza del exilio. Porque no es atributo común, sino propio de los espíritus superiores, sacrificar 20 años de existencia y juventud, sólo para enaltecer con el ejemplo y la fe ciega en el triunfo, el don divino de la libertad!

LA OBRA DEL REFORMADOR

Eloy Alfaro, el gran guerrillero, lo llama. Váyase de inmediato a Ibarra y alternando entre la Gobernación y el Rectorado del “Gómez de la Torre”. Abelardo Moncayo inicia su obra fecundísima y vasta en el campo político y lo educacional. El maestro asciende a los escaños del Parlamento; lo nombran Vicepresidente de la Convención; al año siguiente dirige las labores de la Nueva Constituyente, y desde el 97 pasa a ser Ministro de Gobierno.

El laicismo ha nacido en el Ecuador! Obra fundamental de la política alfarista es la educación, libertada del dogma esclavista y abierta hacia los anchos cauces de la ciencia y la tolerancia. Historiar el desenvolvimiento de la educación laica, desde sus albores del 95, no sería materia de pocas líneas, sino de libros; ya que en los 44 años que lleva la realización –a partir de 1906– fecha propia de su vigencia, después que la Convención de aquel año le concede carta de ecuatorianidad, el laicismo ha cumplido un programa de superaciones constantes y de imponderables beneficios. En esta obra, la personalidad del maestro Abelardo Moncayo, demanda derecho de paternidad y puesto de primacía.

Problema y de los más arduos y difíciles para los Convencionales del 97, es secularizar la enseñanza, laicalizando, en función del Estado, colegios y escuelas. Hay que hacerlo en forma tinoso; porque acostumbrado el país al garcianismo, resultaba agudo el canalizar la escue-

la hacia la secularización. Por ventaja, Eloy Alfaro, con la cooperación de los más preclaros ciudadanos y maestros de cultura, logra vencer los prejuicios, abonándolos con sangre, y enraíza en la vida nacional la obra del laicismo. Moncayo, Manuel María Sánchez, Ángel Espinoza, Escudero, Celiano Monje, son entre otros, quienes más trabajan por implantarlo y transformarlo en verdad, con proyecciones científicas y en forma integral y humana.

Por la nueva educación, Moncayo realiza en la legislación durante 15 años, trabajos fundamentales: su primera obra en consorcio con estos personajes, es la Nueva Ley Orgánica de Educación Pública (1897). Luego como uno de los primeros, se afana en hacer extensiva la nueva ley, con el atributo de seglar, a los Municipios (1905), y finalmente, en marzo de 1906, dicta la Reglamentación de Segunda Enseñanza y la Ley Orgánica de Educación Pública Liberal (esta definitiva), que toca sancionar al propio Jefe, Eloy Alfaro. En esta forma, la educación queda por fin liberada del concordato garciano.

Dentro de la obra práctica, Abelardo Moncayo, sintetiza sus afanes al fundar el Instituto Nacional “José Mejía” (1897), cenáculo orientador, fuente de inquietudes para la juventud sin preferencias, Primer Normal de maestros y espaldarazo de la obra liberal, en reto nobilísimo a la aristocracia y a lo confesional. En su rectoría, imprimiéndole carácter, ha de trabajar desde 1903, organizando cursos nuevos, preparando al normalismo que se anuncia como

un ejército vigoroso; dotándole de gabinetes y textos de enseñanza. Como Consejero de Educación, su actividad está encaminada a un fin realista utilitario y en convivencia con el momento histórico de la nacionalidad. No, propiamente, anticlerical; porque el laicismo es tolerancia y es ejemplo, sino ideario de virtud ecuatoriana, en su trabajo; realidad que el maestro Moncayo infunde a cada instante en la talentosa voluntad de sus seguidores.

La educación popular es otra de sus preocupaciones; la renovación de métodos y programas; porque extraño no es a los postulados pedagógicos que comienzan a extenderse por el mundo americano, viniendo de Pestalozzi y Froebel. A él débese considerar como el implantador, en el país, de los Jardines de Infantes. (1897-1903) que confiara al pedagogo Vicente Torres. Preocupado como nadie, con la pluma, la palabra y la obra, Moncayo lucha en el amplio campo de la docencia, faena por la cual merece el elogio, la gratitud y el aplauso de las generaciones. Cuando entrega el poder al gran caudillo, ya lo dice enfática, claramente: “El pan del alma, la instrucción pública para todos nuestros pequeñuelos, aguardándolo están estos de vuestra mano con avidez. Y de ella, de esta educación moral, intelectual y física bien reglamentada y mejor dirigida, dependerá en gran parte la hermosura y solidez del más grande edificio que de vos tenemos derecho de esperar: la verdadera República democrática”.

Por lo que se ha visto, Abelardo Moncayo es el propio creador del laicismo. Lo que Alfaro hizo, con esa certera visión del auténtico magistrado, no fue sino cumplir el ideal de sus colaboradores, entre los cuales el maestro de Santa Prisca, el Rector del “Mejía”, descolló como auténtico paladín de las conquistas culturales del liberalismo.

Don Abelardo, como otros ilustres connacionales, vivió esa época única en el país: aquella del paso de la hora más oscura a la más resplandeciente; singular fenómeno histórico que con grande provecho fue trabajado por los ecuatorianos de cepa. Guía, atalaya, conductor de aquel paso trascendente es Abelardo Moncayo. Que por ello viva 20 años de odio, significa poco para él. Pasada la hora suprema, vuelve a timonear la senda nacional como educador, legislador y gobernante. Claro que los enemigos no desaparecen del todo; quieren calumniarlo, procuran su alejamiento, lo acusan de ambición; sin embargo, tales pequeñeces no alcanzan a minar su ánimo. Sigue impertérrito, consecuente con su ideario, señalando el camino de la superación.

Su brillante carrera política: 1895-1911, buena y fecunda apenas puede tener parangón. En el lapso de ella, construye lo que pocos en el Ecuador: el sólido edificio de la educación laica, que es el mejor monumento de su paso por la vida. Después de los dramas de enero y marzo –Moncayo fue siempre liberal auténtico– no le arredran los odios antiguos disfrazados con la mascarilla de la traición y la seudo-doctrina; odios que echan al maestro,

nuevamente al destierro, yendo a morar en el Perú.

En 1915 puede tornar tranquilo a su querido y antiguo refugio de “La Quinta”, mientras el usufructuario de los crímenes impera aún; Moncayo ya no hace política; los dos últimos años de su vida son de afirmación y cuando los postremos instantes de la jornada, sabe relieves el tránsito a ultravida, en forma tal, que ha pasado a ser ejemplo.

Como maestro ecuatoriano bendigo la memoria de tan grande personalidad. Y considerándome laico de profunda convicción, vengo a escribir con letras de oro el nombre de Don Abelardo Moncayo en la Fiesta del Maestro y en la conmemoración cívica de este Cincuentenario de la Fundación de los Normales quiteños, aunque mi buril sea tan pequeño y tiemble mi mano al esculpir nombre tan augusto!”

Cuenca, Ecuador 1951.

Antonio Lloret Bastidas

ESCRITOR Y POETA

Otra de sus facetas

ABELARDO MONCAYO JIJÓN

EL DIEZ DE AGOSTO

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS

Quito-Ecuador

Tip. De la Escuela de Artes y Oficios

1897

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ADVERTENCIA

Ansiábamos, unos cuántos jóvenes, allá en 1883, festejar solemnemente el 24 de Julio, primer Centenario de Bolívar; tal el origen de este drama, que quizá no tiene otro mérito que la sustitución de un cuadro por otro más grandioso en marco preciosísimo.

«Un autor dramático no debe olvidar que su obra no es para leerse al amor de la lumbre», dice un célebre maestro del Arte, al tratar de la sobriedad y rapidez con que el drama pone en acción las circunstancias accesorias del hecho elegido para cuerpo de la obra. Mas, si el principal objeto del escritor es grabar profundamente en un pueblo la memoria del instante más solemne de la historia, el de su nacimiento e imprimir el entrañable cariño y veneración para con aquellos que al emanciparle, le dieron vida. ¿No admitirá alguna latitud aquella regla? Decídalo el éxito infortunado o feliz de esta piecilla, que allá se va modesta sobremodo en sus atavíos y sin pretensiones de ningún género...

«Tampoco se ha de sujetar el drama histórico al angustioso plazo de las 24 horas», dice el mismo preceptista; y, por cuenta suya, concede algunos días, para el desarrollo de la acción. Salta a la vista, la vaguedad y, por

ende, lo caprichoso del precepto. Entendemos nosotros que la antiquísima y tan debatida unidad de tiempo, está íntimamente enlazada con la unidad de acción: si esta es interesante y lógicamente una, se acordará de su reloj, quizá tan solo algún pedante. Y bien ¿la agostada de 1810 fue el desenlace directo, irrefutable de nuestro DIEZ DE AGOSTO DE 1809? ¿en una palabra forman un todo esas dos fechas? Si tan al dedillo no las conociéramos, ni por pienso se nos ofreciera tal objeción: la acción es una, la causa la misma, los personajes unos; la culpa, de consiguiente, no es del autor, si ese hecho no tocó a su término en las 24 horas que a este género literario asigna cierta escuela, que ya no es de estos tiempos. Mirad, sin embargo, prescindiendo de nombres, respetabilísimos, con los cuales pudiéramos defender el plazo que nos hemos tomado, harto fácil nos hubiese sido abrir la acción en la víspera de la muerte de nuestros Próceres; pero, sobre inverosimilitudes más imperdonables que la falta de unidad de tiempo, qué frío e insípido hubiera parecido, en un prólogo o en una mera narración, lo esencial del drama, el DIEZ DE AGOSTO: quédese, pues, la gallina con su pepita.

Tocante a la veracidad histórica y la unidad de acción, criticadnos lo que os parezca; si bien tenemos conciencia de habernos ceñido a esas condiciones esenciales hasta con demasiada escrupulosidad. Acaso este personaje no fue tan odioso como le pintamos, ni aquel tan simpático como figura; más el Drama no es una, crónica, y si la his-

toria no le desmiente dueño es el escritor de buscar el interés y la belleza de su obra en la variedad, abultamiento y firmeza de los caracteres escogidos.- Pero Mideros? - Cuidado lector: no es menester haber inventado la pólvora para crear el nombre de un personaje, ideal sí, pero necesario para la trabazón y realce de todo. Mas quisimos que aún este nombre fuese conocido y digno de nuestra ternura; y desahogado campo ha dejado a la fantasía nuestro historiador, al no hablar sino de la heroica muerte de aquel denodado patriota, con la particularidad, además, de no haberse perpetuado en Quito ni su apellido.

“Pero si la acción del drama es el DIEZ DE AGOSTO, ha tocado a su fin en el 2° acto”, acaso insista alguno, – Y le sobraría razón si por el DIEZ DE AGOSTO entiende tan sólo lo material de la fecha y no el grande hecho que simboliza, no la santa causa de nuestra independencia, Albores de la emancipación Americana, o cosa por el estilo, habría llamado más bien el escritor que, sobre cierta dosis de pedantería, gusta de extasiarse en tres o cuatro líneas de títulos retumbantes.

Y basta ya de defensa en causa propia, y más cuando es íntima nuestra convicción de que, en obras dramáticas especialmente, ni la más ingeniosa apología del autor, ni la crítica, más virulenta de encono mal disimulado, añaden o quitan un ápice, a su propio mérito. ¿Y pretendemos, acaso, ofrecer una obra cumplida? No, no exijáis aún en la sierra aventajados escritores dramáticos. Nos cuentan que ya en Quito tenemos algo más que acabados

Los cimientos de un teatro material; mucho es, por tanto, que algunos pensemos también en acopiar las primeras piedras para el teatro literario de nuestra Patria; y es nuestro voto que, en gracia, riqueza y originalidad, llegue este a la altura del de nuestra antigua Metrópoli. Y, mirad, Las Aceitunas de Rueda, es lo más notable que se halla en su base.

Con esta portada, Teatro Ecuatoriano, hemos visto un dramita —Clemencia Lafalle— por Juan Rodríguez Gutiérrez: aún para vosotros, señores literatos del Ecuador ¿os es conocido este nombre?, y de ecuatoriano ciertamente tiene tanto ese drama, como nosotros de secueles de Mahoma. Y si la literatura en general ha de ser, por lo menos, el reflejo de la sociedad donde se escribe ¿cómo llamaríamos nacional si a par del escritor, que nos es desconocido, es del todo extraño el asunto que le ha ocupado? De uno que otro guayaquileño, sabemos de oídas que ha probado sus fuerzas en el género dramático; mas, en el Interior, ni noticia tenemos de que algún compatriota nuestro se haya ensayado en este género de composición.¹ Y la razón es palmaria: nosotros mismos

- 1) Esto escribíamos en 1883: de entonces acá, muy grato nos es confesar el movimiento, no insignificante, que en todo sentido han recibido nuestras letras, mediante la contracción y esfuerzo de jóvenes que dejarán nombre no oscuro en nuestros fastos literarios. También en la parte material es otra, de la que pintamos en este Prólogo, la suerte del teatro en la sierra; pues, con la conclusión del bellissimo, llamado SUCRE, en la Capital, y con la venida de algunas Compañías a esta ciudad, que hace despertar el gusto en nuestros compatriotas que, en elegancia y propiedad en la representación, se muestran, ahora hasta demasiado exigentes.

hablamos de *prosenio*, *platea*, etc., cómo puede hablar de colores un ciego de nacimiento. Una sola vez, y en Otavalo, y por una Compañía ya desmembrada, la de Pérez Padrón, hemos visto una representación, como sombra de lo que debe ser, la de *Jorge el Armador*. Y qué distancia, por Dios, qué distancia entre la simple lectura y la realidad de las tablas! Pasmado, absorto, he devorado las bellezas de un Otelo, por ejemplo; y esa piecicilla, ese tal *Jorge*, me arrancó en el Teatro, lo que no pudo Otelo con la mera lectura, me arrancó lágrimas.

Y sin esta escuela práctica, viva, sin estímulo de ninguna clase, y hasta sin objeto, ¿cómo demandar al Ecuador *escritores dramáticos*? Y para el que esto borronea especialmente, cuántos motivos de desaliento! Pero bien, si absolutamente nada esperamos ni pedimos de nuestros coetáneos, con todo, quizá no sea vana ilusión el aguardar que al menos un ecuatoriano exento de nuestras actuales pasiones, recorra este Drama con más interés que el famoso *Julio César*, *Los Dos Fóscares* o la *Conjuración de Venecia*, Dramas con los cuales, sin quererlo ni pensarlo, nos hemos encontrado más de una vez, en la armazón, sin que por ello hayan perdido nada en originalidad, los personajes de nuestra gran fecha.

Mas, por sí trasmonte este folletito nuestro cordillera, o duerma allá empolvado más de un siglo, en algún desvencijado armario, no será por demás uno que otro rasgo histórico, para que se entere el lector curioso del

tiempo en que salió a luz este boceto de Drama - Estamos al terminar el siglo XIX; y el Teatro, este solaz el más natural, instructivo y ameno del espíritu humano, no existe aún para nuestra sociedad interiorana. Medio lo columbramos talvez, ciertamente, allá, en la fiesta de algún *Santo Patrono*, o cuando un dómine quiere lucir el final de su año escolar; pero cómo?, —los cobertores de las camas, sábanas mismas y no muy pulcras, etc., han de servir de telón, bastidores, mamparas etc. Si no hay en la población una salita de 12 varas por lo menos de largo, un patio, una plazuela, un corral son el lugar forzado de la escena; en donde, no es maravilla que se presente el Hermano Cristiano o el Reverendo Jesuita con biombo a cuestras, para dividir el prosce-nio e indicar a los espectadores el punto donde se supone la Junta de Médicos, y el cuarto que se improvisa para el *Enfermo Imaginario*; mientras chiquillos de hasta 10 años a lo más, nos rompen la cabeza con el *sangrara la Vativare* y después *fregare*.

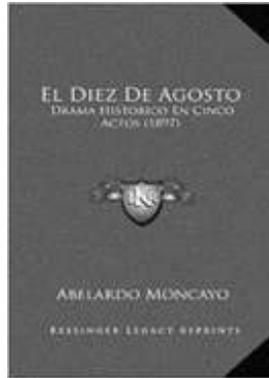
Cada director, por supuesto, es dueño de corregir, aumentar, disminuir, cortar aquí, remendar allá, y despedazar, y arreglar dizqué a su sabor, la pieza que elige, cuidando, sobre todo de suprimir mujeres y personas, y palabras que pueden chocar a un pueblo *ignorantón* y *fanático*, o que no sean del agrado de dicho Director; y gansos de la peor calidad son cabalmente los encargados de este como sacrilegio y nada menos que en piezas de autores eminentes. Vimos, y no en una aldea, representar un

auto sacramental, en el cual el mártir protagonista debía saltar por una tina de fuego: haya sido en él miedo, torpeza o falta de ensayo, es lo cierto que tan desairado fue el salto de nuestro *Talmita* que no pudo menos la concurrencia de desatarse en interminable carcajada. Furioso el fraile, Director de la representación, preséntase en las tablas, *zapatea*, jura como un moro, despedaza a patadas lo que encuentra y tal filípica dirige a los espectadores, que los términos *bestias*, *salvajes* y *brutos* son los más suaves con que regala a obispos, gobernadores y lo más selecto de la sociedad que *honraba* con su asistencia el improvisado teatro. Vierais entonces al sochantre de aquel venerabilísimo cabildo levantarse con la mayor humildad cristiana, y con suma unción y compostura: «Perdone Ud., mi Reverendo, —le dice— y considere Ud. que este pueblo no está acostumbrado aún a esta clase de espectáculos, y no sabe, por consiguiente, cuándo es de reírse, ni cuándo de llorar.»

Para una distribución de premios, ensayaban en otra de nuestras ciudades el tan conocido y hermoso Drama de Calderón, *La vida es sueño*; y en aquella escena en la cual Sigismundo arremete a su carcelero Clotaldo, le advirtió el jayanazo, que hacía este papel, que no se atreviese a sacudirle de veras, porque le daría vergüenza de que un chiquirritín, como el que hacía, de Sigismundo le derribase en público e impunemente. Llega el día de la representación y llega la consabida escena; y ora sea por en-

tusiasmo, ora por capricho, tal empujón le da Sigismundo que le derriba a Clotaldo, quien tan recia sacudida no esperaba. Indignado éste, levántase y le contesta al príncipe con una guantada que le revienta la nariz. Amostazada su Majestad, hace de tripas corazón y allá va una, que no la dió a Cristo, y en la que siempre venció el jayano: jamás disfrutará el público de escena tan a lo vivo, y tan divinamente representada. Inútil es decir que mohíno por desgracia el príncipe, e iracundo todavía Clotaldo, terminaron el drama como ya podéis imaginaros.—A este punto ha subido entre nosotros el arte del *Teatro casero*: pues, cuando alguna, Compañía dramática ha osado aventurarse, en sus excursiones de la Costa para acá, para nadie es misterio el recibimiento con que ha sido acogida ora por la pobreza misma del país, ora por la inercia y estrechez de ánimo de nuestras Municipalidades y, más que todo, por la iracundia de nuestros obispos y capuchinos de toda clase. Basta saber que en Cuenca, por ejemplo, tercera ciudad del Ecuador, no se ha visto jamás, a lo que presumimos, una compañía de actores de profesión. Tal ha sido nuestra escuela: juzgadnos.

La Quinta, Mayo 15 de 1883.



Personajes del Drama

MIDEROS

- D. Juan de Dios Morales
- D. Manuel Quiroga
- Presbítero D. José Riofrío
- D. Antonio Ante
- D. Juan Salinas
- D. Pedro Montúfar

El Marqués de Villa-Orellana, conjurados principales.
Ascázubi, Arenas, Cajías, Larrea, Guerrero, Villalobos, Aguirre, Melo y Vinuesa, interlocutores no muy necesarios y cuyos nombres constan por celebridad solamente.
Albán, Echanique, Landáburo, conjurados en segunda línea.

CALIXTO

El Conde Ruiz de Castilla. Presidente de Quito
Lola, la hija del Conde.

Rosaura, amiga de Lola.

Arredondo, 1° autoridad militar de la Presidencia.

Fuertes-Amar, Oidor de la Real Audiencia.

D. Tomás Arrechaga, Ministro Fiscal.

El Presbítero Caicedo, Capellán del Presidente.

Un español - Un capitán - Un soldado - Veteranos armados - Gente de pueblo, etc.[...].

La Acción se desarrolla en Quito, Año de 1809 [...].

Vale acotar que, Pío Jaramillo Alvarado escritor lojano (1884-1986), en 1923 dio a luz su ensayo “Don Abelardo Moncayo y su época en 80 páginas, como estudio introductorio al libro “AÑORANZAS” que contiene varios ensayos críticos de don Abelardo, según lo indica Rodolfo Pérez Pimentel.

ABELARDO MONCAYO

AÑORANZAS

INTRODUCCIÓN POR
EL DR. PÍO JARAMILLO ALVARADO

Quito-Ecuador-1923
Talleres Tipográficos
Nacionales

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

DON ABELARDO MONCAYO Y SU ÉPOCA

Preliminar o Introducción

“El PROCESO de la revisión histórica, el aquilatamiento de los valores políticos, la urgencia de situar en su propio plano o determinadas épocas y las actitudes trascendentales de eminentes ciudadanos que decidieron con su intervención el cambio de regímenes, la imaginación y ensayo de nuevas fórmulas de gobierno; actitudes de ciudadanos purificados por todos los dolores, por la incompreensión y la envidia, por la hiel del rencor y el humo tributado por los turiferarios, por la maldición de los vencidos y el odio de los propios colaboradores insatisfechos; ese proceso de las reivindicaciones y revisiones históricas urge consolidar, porque se ha serenado para ciertas personalidades la atmósfera caldeada por la pasión política y los tiempos nuevos se han saturado de los ideales de los grandes luchadores quinta esenciándolos la alquimia milagrosa de la crítica científica. [...]

Nada mejor que recordar el pasado del liberalismo en esta hora incierta, evocando sus figuras próceras, defini-

tivas y afirmativas que dominan con su figuración cerca de medio siglo de la vida nacional, que a las páginas escritas unieron la acción cívica; que vivieron la perpetua juventud de su ideal sin desfallecimientos ni claudicaciones; que gobernaron, educaron y sufrieron; y que, como un mensaje de eternidad, nos han dejado su idearium. Inicio mis estudios con la personalidad política de Don Abelardo Moncayo y su libro AÑORANZAS”.

Capítulo I Del Ambiente histórico: Ante el Tirano. La herencia española. Imperativos de una conjuración. El enigma de Salazar. **Capítulo II La obra Literaria:** Borrero historiador. Doña Marieta. ¿Lamar fue traidor?. Después de Tarqui. Prosas y versos. **Capítulo III La acción Política:** La revolución del 95. La guerra de religión. El Ministro Moncayo. El apostolado. **Capítulo IV La doctrina:** Los principios liberales. ¿Qué es el nacionalismo?. Clericalismo y conservadurismo. Renovación.

A continuación de estos capítulos, siguen ensayos biográficos y correspondencia en 387 páginas.

En Prosas y versos, del capítulo II, pág. XLI. Opinión del Dr. P. Jaramillo Alvarado.

“No es la producción literaria de Don Abelardo Moncayo la expresión principal de su vida, sino una de las fases, brillante, desde luego, que ante todo y sobre todo, fue un político de acción concreta, uno de esos raros políticos que ha estudiado silenciosamente un programa y que lue-

go sabe aplicarlo sin rehuir responsabilidades, y que fría en el éxito, con la serenidad del que tiene un plan de gobierno definido. Y sin un estadista así posee además el don de transmitir sus pensamientos brillantemente, si en la arquitectura de la frase se descubre el cultivo de los clásicos, en la precisión de la palabra que sustantiva o adjetiva el abolengo del más selecto latín, y en la fluidez de la producción el cultivo intenso, sustancioso, del iniciado en los secretos del arte, que no atropella sus estudios por un exhibismo prematuro, ya es posible imaginar el feliz suceso de un apostolado.

En los motivos de la producción literaria del Señor Moncayo, aun aquellos que nada tienen que ver con la política, el sabor doctrinario denuncia que en la copa burilada del verso o de la crítica, se ha libado el vino rojo y generoso de una propaganda lírica de renovación social.

Y cuando pondera el cura de Santa Engracia que en Ibarra se llamó Mariano Acosta cuando analiza deliciosamente las ingenuidades de los hechos de la novela “Cu-mandá” expresión *Chateaubriánica*, gran videncia el porvenir fecundo de la más dulce de las poetisas ecuatorianas –Mercedes González de Moscoso– es Silvio el que agradece a Athos, Vela a Moncayo, los dos campeones de un mismo credo: cuando irrumpe en modulaciones que exigen el verso para el acabado de la expresión, canta a la muerte de Montalvo. Consagra a este genio, las consideraciones acerca de su obra civilizadora: cuando en fin,

aboga por el indio, en su estudio sobre el concertaje, la cuestión social palpita; y el cultivador del arte, al suscribir su producción, no se sorprende que la pluma haya tomado las proporciones de una espada, que jamás lució sin motivo ni se guardó sin honor. Quiero decir, Moncayo fue un político que, hasta cuando cantaba a la “Soledad del Campo”...él bien sabía que añoraba el campo de batalla!

Y además nunca fue un escritor de circunstancias: su pluma no se movió sino por grandes sugerencias artísticas o motivos palpitantes de orden histórico político. Por eso, la producción del Sr. Moncayo relativamente, no es abundante pero en extrema selecta” [...].

En el capítulo IV, en el subtema Renovación, página LXXVI, Pío Jaramillo A. menciona al final: ¡RENOVACIÓN! Renovación ! Y la juventud sólo podrá cumplir su deber, evocando la doctrina y la memoria gloriosa de los precursores del Liberalismo. JUVENTUD! Paso a la inmortalidad de don Abelardo Moncayo.

P. Jaramillo Alvarado

Quito Mayo 24 de 1923

De la página 129 transcribimos la correspondencia a Silvio.

**Doña Mercedes
González de Moscoso**

ATHOS A SILVIO

Me hablas con entusiasmo, querido Silvio, de la talentosa hija del Guayas, lujo ahora de esa tu tierra, que si bien no ha menester de galas ajenas para campear como la más vistosa de nuestras ciudades, no distingue, sin embargo, propios de extraños, cuando se trata de ingenio o virtud. ¡Cómo de leguas se percibe en tu acento al hijo noble del poético Ambato, siempre sediento de gloria, siempre con todo el Ecuador por patria y toda la humanidad por hermanos, y sin pizca de provincialismo ni de otra pasión que en algo le aplebeye! Y a fe, que sólo me complacería en tu liberalidad, si metiéndome las “Reminiscencias” por los ojos, no exigieras también de mí transportes idénticos a los tuyos. No arde en el Norte con la misma fuerza ese soberbio sol que abrasa tus arenas! Un páramo es mi morada y la soledad mi compañera: imagínate la estufa que necesitará mi espíritu para medio incorporarse. Y al hablar de una mujer, además no caben reticencias ni restricciones: o galante y entusiasta a toda vela, o ciego, sordo y mudo como un islote. Pero como no juzgo tan indiscreto que vayas a mostrar mi carta a nadie, ni tengo por racional o provechoso traspasar los límites de lo justo, aún tratándose de una hermosa; veamos si por medio de mi símil te expreso con exactitud el juicio que me pides, acerca del poe-

mita de la Sra. de Moscoso. [...]

Sí, poética sobre modo es el alma de la Sra. De Moscoso, cuánta delicadeza de afectos, cuánta suavidad en la expresión de lo que siente! Sí, poetisa y muy simpática es tu semi-paisana, Silvio [...].

Te consta Silvio, también mi Lola antes de la sabrosa luna rasgueaba y no mal la guitarra; y qué divinamente cantaba sus propios versos y aún los tuyos, y los míos por de contado [...].

Admirable es y digna de todo loor una mujer altamente ilustrada y consumadamente artista; pero más adorable sin disputa cuando a un juicio recto y elevado, y a un corazón delicado y sensible aduna amor inquebrantable a la virtud y se desvive en su esmerado cultivo [...].

Y punto ya, Silvio: un abrazo

1887

.....

ATHOS. Definición: En la novela de Los tres mosqueteros, se describe a ATHOS como un hombre de 30 años, de talla mediana, pero bien cuajada y proporcionada con una cabeza de carácter noble y nariz recta. Era miembro del cuerpo de mosqueteros del Rey Luis XIII, hombre de extrema valentía y eximio espadachín, de personalidad reservada y modales refinados, además de marcada afición al vino.

En su correspondencia lo utilizó como su seudónimo.

-A continuación transcribimos algunas de sus obras literarias tomados de otras fuentes bibliográficas.

ABELARDO MONCAYO

LA SOLEDAD DEL CAMPO
CONTEMPLACIÓN

Dedicada
en prueba de especial cariño
a la amable poetisa doña

MERCEDES G. DE MOSCOSO

Imprenta de EL Diario
Quito 1901

Biblioteca nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

LA SOLEDAD DEL CAMPO CONTEMPLACIÓN

I

Soledad, soledad, dulce refugio
Del alma fatigada! Cual un niño,
Que largo día abandonado, al seno
De su madre se arroja; a tu regazo,
Así me acojo yo: tan apacible
Muestras aquí tu maternal sonrisa
Y tan serena tu beldad esplende,
Que al par lloroso y de placer riendo
Beso tu angusta faz. —Este horizonte,
De lo infinito abreviación; la vida
Palpitante doquier; naturaleza
Como extasiada ante su Autor; y el vago
Himno solemne de la tierra al cielo...
Oh momento inefable, en que las alas
El alma tiende audaz; y en misteriosas
Regiones penetrando, su miseria
Fácil olvida, y su grandor primero
Que en su éxtasis recobra su figura!
Qué inmensidad, qué esplendidez! Ni leve
Nube empaña la esfera: majestuoso
El Sol, bañando en luz todo el espacio,
Sube al cenit: del ponto sin riberas
Es el gigante Leviatán que excelso

Hiende la azul llanura; los abismos
Rugen en torno de él más, impasible
El rumbo sin torcer, rastro no deja
Allá en la tersa superficie, y solo,
Cual rey campea de los cielos. !Oh, Astro,
Vida y placer del orbe, peregrina
Sonrisa del Señor! ...¿De tus hogueras
Algo hay en nuestro ser que, al contemplarte,
Pasmo somos y amor? —No sin justicia,
El morador primero de esta zona
En ti su Padre vio, y en ti el supremo
Principio y fin de cuanto existe, ¿Cabe,
Para el que ignora al Sol de otras esferas,
Hermosura mayor que tu hermosura?
Y esos montes azules! ...las montañas
No tienen una voz? Y su regazo,
En su belleza al abismarme, siempre
Atraído me siento: el sutil velo,
Que más primor a sus contornos presta,
Al robusto pensar, a la plegarla
Y al misterio convida; entre sus sombras
Imaginamos otro mundo, el nido
De paz y libertad; ellas, heraldos
De lo alto nos parecen; y qué anhelo
De coronar sus argentadas cimas,
De respirar su aliento.,.... Ah, de los montes
Sagrado es el ambiente! que con ellos

El alma se agiganta, que a sus ojos
Otro horizonte se abre, que la tierra
Nuestra no es ya, pensamos; y arrobado
Cuál entonces el hombre resplandece!
Tocar del cielo el pabellón, el beso
Sentir de lo infinito, y una nota
Oír quizá de otra región, más, cerca
De Dios acaso no nos ponen? ...Oh Andes,
De su planta, en vosotros, los vestigios
Siempre adoré: por eso vuestras frentes
Dignos cimborios son, que el gran cimborio.
De su templo sustentan soberano!
Ni un canto, ni una voz: aún el aliento
Que oigo diría de la tierra! — Grave
Pace el toro en el prado o silencioso,
Cual si también pensara, en torno mira
Y la cerviz sacude. En fresca sombra -
La trente apoya en el desnudo brazo
Indolente pastor, y de este valle
Creyendo aun suyos los primeros, rico
Quizá y dichoso se imagina. Lenta
La yunta allá del acabado surco
Gira a derecha y otro surco vuelve
Humeando a romper; mientras risueño
Ve el labrador, por la pendiente opuesta
Que para el cuerpo tráele su esposa
Sabroso pan, y de ella y de su hijuelo

Una dulce sonrisa para el alma.
Felicidad, felicidad.-... eterna
Sombra que en vano el corazón persigue!
Si alguna vez reposas ¿del labriego
Prefieres la cabaña, o el palacio
De opulento señor? detus favores
Goza más bien el rústico ignorante
Que el fatigado sabio? o fementida
Quimera del mortal ¿siempre lloroso
Sólo aire ha de abrazar, cuando soñando
Que en tu regazo duerme, se despierta,
Y cierto sólo el infortunio palpa?

El Oyambaro ved: allí de sangre
Rastro no halláis, ni del cañón odioso
La voz sus ecos espantó: indolente
Por eso acaso el hombre esa llanura,
Hasta ignorando su valor recorre.
Rara soberbia del mortal! gigante
Se figura talvez; y siempre niño
En sus juicios le veis: de un vano estruendo
Más pagado a menudo, a olvido, infame
Sus más grandes conquistas encomienda.
El Oyambaro, Tarqui, Caraburo,
Cuánta grandeza y qué tesón aclaman
Estas sencillas notas! y aun sus nombres
No pocos sabios, a su modo, ignoran.

Quién Waterloo, con indecible mezcla
De asombro no repite y de quebranto,
Al evocar la colosal batalla
Del obcecado Cíclope? ...Y más grande
En tanto, aquí, del hombre centellea
El divino pensar; aquí, más honda
Brilla de Dios la huella soberana
En el humano espíritu... ¿El arcano
De tu sistema, oh Sol, en esta zona,
No te arrancó la Ciencia? Condamin
Ulloa... Boussingault... ínclito Caldas...
Humbolt y Reiss... dejadme que rendido
Vuestras huellas acate... Galileo,
Y Copérnico y Képler orgullosos
No os volvieron la faz, cuando en sus tumbas
El lauro decisivo depusisteis?..
[...].
Soledad, soledad... no es del humano,
Ni en tu lecho de rosas, largo tiempo
Tu aliento respirar: tu peso enorme
El corazón fatiga; y de tus sombras
Invadido al sentirse, hondo asombro
Le encoge y amilana: lo infinito
En ti se aspira, oh Soledad!... lo palpo:
Sólo Dios o el amor pueden llenarte!

Poemas en la colección de Poetas del Siglo XXI

Ante la tumba de doña Dolores Veintemilla de Galindo, El Sermón del monte y La inspiración, poemas de A. Moncayo Jijón, sobre los cuales, Fernando Sabino Sánchez emite un comentario. “A sus méritos como prosador y estilista nos hemos referido largamente al darle a conocer como crítico literario. En su trato con las musas anduvo poco feliz, como la mayor parte de sus contemporáneos. Sin embargo, su vigoroso pensar, animado por ardientes convicciones, le sacaba a veces de las sendas trilladas, permitiéndole remontar el vuelo; era un ave de altura caída en el patio de una prisión. En sus composiciones “Ante la tumba de Doña Dolores Veintimilla de Galindo” y “El Sermón del Monte”, demuestra que pudo ser poeta de verdad si le hubiera sido dable desplegar las alas de su inspiración a pleno viento.

Pero, fuera de estos momentos, como se advierte en su maestro Montalvo, sus versos pueden fácilmente convertirse en buena prosa, con lo que ganarían en soltura, elegancia y naturalidad”.

Ante la tumba de Doña Dolores Veintimilla de Galindo

Ángel que -acaso- del Edén huyendo
Viniste de la tierra al triste valle;
Tú que dejando angélica compañía,
Solitaria en el mundo te encontraste...

¡Oh, cuánto habrás sufrido!... ¿Aquí, sonrisas
Habrá que aduerman el dolor de un ángel?
¡Un acento de amor!... ¿Pero en qué idioma,
Si nadie comprendía tu lenguaje?

De la música el Genio y la pintura,
En sonrisa dulcísima, al crearte,
Ve que las musas, a tu tierno pecho,
Se lanzan amorosas a ocultarse.

¡Y ves la luz!, y en celestial acorde,
Al deslizar los dedos en tu clave,
Nos das del cielo una armonía: acaso
Lento suspiro de proscrito arcángel.

En tu mano el pincel, rápido, firme
De Eva nos pinta el edenial bosque,
En que inocente apareció: tú misma
¿Testigo fuiste acaso de ese instante?

Tomas la lira y con seguro vuelo
Te remontas al cielo en tus cantares,
Grabas con ascuas tus sublimes “Quejas”,
Suspiras cual alondra agonizante.

¡Y sordo el mundo que te cerca!, y ciego
El mundo vil que el asqueroso ultraje
Sufre riendo, que la ruin envidia
Lanza con la calumnia a tu semblante.

Mas, envidia y calumnia de unos hombres
En el seno encarnadas: ¿tan vulgares
Son ingenio y belleza en tu almo sexo,
Que tu pecho en rasgar tanto se placen?

Tu lengua a nadie hiere; ruboroso
Huye tu numen de ofuscar a nadie;
Tu encanto es lo ideal, y de lo bello
Poner en nuestras manos lo impalpable.

Mas, ¿qué hay sagrado para el vil? Su gloria
Fue herir tu corazón, pisotearle.

¡Y esos hombres... malvados!, ¿y aún su tumba
Os atrevéis a escarnecer infames?

Los que de cerdos en inmunda piara
Son de lo torpe nauseabunda imagen,
¿Osan del corro teologal la jerga
Con trompa ascosa balbucir audaces?

Ella, del alma en las regiones... ellos,
Hoscos gruñendo en viles lodazales;
Ella luz, ellos nieblas; ella un astro,
Ellos con cieno ansiando deslustrarle.

¡Y se eclipsó por fin! ¡Fiero heroísmo
El de tu alma sin ventura, oh Ángel!
Pero, más negro y asqueroso el triunfo
De aquellos que extremaron tu coraje.

¡Y aún alientan la vida, y aún el nombre
Del sumo Dios embaban infernales!
¿Cómo a pedazos su blasfema lengua,
Cómo su pecho no devoran áspides?

Si la vida execrar tal vez es crimen
En el hijo orgulloso de los Andes,
Que de Dios la sonrisa en su almo cielo
Contempla derramándose radiante.

¿Será virtud el bendecirla insanos
De tanta sierpe en medio, que los aires
Con la ponzoña de su aliento impuro
Corrompen, envenenan detestables?

Pero infeliz, con descuajadas alas,
¿Puede la alondra al cielo remontarse?
¡Del pecho desgarrado, en tu sepulcro,
Trémulo vierto lágrimas de sangre!

¿Hiciste bien?... ¡oh no, mísera Safo!
Si de furor transidos, aún los ángeles
Llegan la luz a odiar, aquí en la tierra
Eras mujer al fin... ¡ay!, ¡y eras madre!...

¡Y qué horror, si a tu pecho, sollozando
Pega sus labios tu rosado infante
Vida buscando aún!... Mariposilla
Tras de flores y luz, sobre un cadáver.

¿Hiciste bien?... ¡ay, nunca! Enternecidos
Tus hermanos, los ángeles, al darte
El ósculo de amor... lívidas, negras
Al ver las rosas de tu boca de ángel,

Palidieron... y sus bellos rostros
Inundaron de llanto inconsolable;
Y aún Dios, con su mirada bondadosa,
Por tu hijo te pregunta, por tu madre...

¿Sufrías? Más de hiel algunas gotas
También nos brinda de la vida el cáliz.
¿Reina en la tierra el mal? Pero al hambriento
Aún podemos en pan de gozo hartarle.

Mas mi Dios es tu Dios. Él, que la fuente
Es de amor inexhausta, inagotable;
Si una gotilla te lavó esos labios...
¡Duerme tranquila, que tu Edén cobraste!

El sermón del monte

Mientras tendido el gladiador, los ojos
Vuelve espirantes a la dulce patria,
Desde el sangriento circo donde rosas
El Pueblo-rey ceñido, de matanza

Ávido ruge y de placeres monstruos
Que adormezcan su hastío... ¿esa montaña
Veis allá lejos de verdor vestida
De fresco bosquecillo coronada?

Niños y pobres, a su sombra, atentos
Clavan los ojos en un hombre... ¡El alba
Dio a su sonrisa su apacible lumbre,
Su calor cedió el sol a su mirada!

Tomando un niño en su regazo, afable
Mira a la turba estática a sus plantas,
Mueve los labios, y aún la leve brisa
Pliega al instante sus inquietas alas.

Y rompe a hablar: "Feliz el pobre, dice,
El que su pan con lágrimas empapa.
¡Oh bienhadado!, pues cual ave libre
Hacia el Reino de Dios tiende sus alas".

“¡Feliz el manso, que en los hombres todos
Hermanos suyos ve, y a todos ama;
Suya es la tierra y deleitosa sombra
A todos, como el álamo regala!”

“¡Feliz quien de la vida los placeres
Desdeña, y llora su dolor; del alma
Las lágrimas son perlas, y al Eterno
Un ángel las ofrece al enjugarlas.”

“Y el que hambre y sed padece, por el triunfo
De la justicia lucha aún entre llamas.
¡Feliz atleta, de justicia ahíto,
Tiene en el cielo inmarcesible palma!”

“¡Feliz quien para el débil, para el triste
De amor y de piedad tesoros guarda;
Para él, en cambio, es Dios, a toda hora,
De piedad y de amor fuente inexhausta!”

“¡Feliz el corazón que limpio, puro,
Sólo de Dios refleja las miradas;
Blanca paloma de amorosos ojos,
En el seno de Dios su nido labra!”

“La sangre, oh hijos míos, de la tierra
Es la más negra y formidable mancha.
¡Feliz el hijo de la Paz, que hijo
También de Dios los ángeles le aclaman!”

“¡Venid a mí los que lloráis! El peso
Yo alivio del dolor, le trueco en calma;
Fuente de luz y de la eterna vida,
Vida y calor derraman mis palabras.”

“De mí aprended que manso y humilde
Sólo de amor mi corazón es brasa.
¿Queréis felices ser?... De este angelito
El candor recobrad, miseras almas.”

Y hablando así, como tranquilo arroyo,
Se deslizan, cantando sus palabras.
¿Oyó jamás tan dulce melodía
En su destierro, la proscrita raza?

Y al alma luz, y al corazón consuelo,
Y al ciego vista, y voz al que no habla,
Y vida al muerto, y paz, paz a la tierra,
Brotan radiantes esas tersas aguas.

Y el que habla así y trastorna de Natura
Las leyes, tierno con los niños habla...
Ciega razón... ¡humíllate! ¿La aureola
De esa divina faz a ver no alcanzas?

Mas, ya en la arena el gladiador, helado
Cerró los mustios ojos, de venganza
Roído y de dolor... ¡ay infelice,
De Jesús no escuchó ni una palabra!

La inspiración

(Versos dedicados a mi muy querido amigo Quintiliano Sánchez)

¿Qué eres inspiración? ¿Acaso el eco
De celestial, angélica armonía,
Que en el espacio de la tierra vaga
El afán arrullando de la vida?

¿Qué eres, inspiración? ¿La única prenda
Tal vez, que el hombre del Edén, furtiva,
Pudo traer, y en ella del recuerdo
El aroma, con lágrimas, aspira?

¡Oh, hija del dolor!, ¿sólo en el pecho
Que de la angustia en la inquietud palpita,
Formas tu nido, y tu cantar aprendes?

¿Qué eres, inspiración? ¿Tal vez del fuego
Con que a Natura el Creador anima
La más subida llama, que en hoguera
Cambias de amor la humana fantasía?

Tu esencia no conozco; mas palpable
Doquier tu aureola fulgurante brilla.
Verbo de Dios, o del Edén recuerdo,
¡Feliz quien vio la luz a tu sonrisa!

El arpa de Salén del sauz colgada,
Del turbio Babilonia en las orillas,
La imagen es del alma que a tu aliento,
¡Oh inspiración, de súbito palpita!

Cual ella gime en extranjera zona,
Llora cual ella, al soplo de las brisas,
Y, cual esa arpa, al infeliz proscrito
Le recuerda su cuna primitiva.

Mas, ya del Ande en el confín, risueña,
Ahoga tu tenaz melancolía;
Tu llanto absorbe con amor este aire,
Mas llanto quiere de esperanza y vida.

Cual de tímida virgen el semblante
Que aún no del todo de jugar se olvida,
Mas que ya en ansias arde indefinibles,
Y del llanto veloz pasa a la risa;

Así en lóbrega lluvia nuestro cielo
Anega aterrador estas campiñas;
Mas, aún en medio de ella, de improviso
Del sol más vivos los destellos brillan.

¡Oh!, ven risueña, y del andino bardo
Presta al laúd tu dulce melodía
Himnos de amor, de férvida esperanza
Enseña, amable a nuestras bellas ninfas.

Ya la aljaba agitando belicosa,
Cual amazona fiera, las orillas
Atronaste del Guayas: ¿habrá insano
Que ose pulsar aquella sacra lira?

Ella y el héroe que ensalzó, benignos,
De nuestro amor acepten las primicias;
¡Mas, ya no hay campos de Junín! ¿Y qué héroe
De tu voz digna en esta zona miras?

Si es tierno ver tu pálido semblante
En lágrimas bañado, cual el día
En que en la tumba de agostada virgen,
Doliente, una guirnalda deshacías;

No menos bella el alma te sorprende
Del alba con el manto revestida,
Bañando en rosas las radiantes cumbres
Áureas diademas de la sierra andina.

Miro tu veste en el azul del cielo,
En el Cayambe tu garganta nívea,
Tu hálito aspiro en aromosa vega,
Mido tu paso en la apacible brisa.

Oigo tu voz en el raudal sonoro
Que rebramando con furor se abisma;
Pero, si gimes, conmovido el bosque
También doliente con amor suspira.

Derramando ventura por los valles
Con qué placer sonrías; fugitiva,
Te ve el caudal de majestuoso río,
Espumosa, meciéndote en tus linfas.

Y, si arrogante, en opulentas cortes,
Aunque de hielo tu esplendor fascina,
¡Oh!, más nos enamoras, candorosa,
Palpitante de amor, libre y sencilla.

Muestras tu magia en sonrosados labios,
Juegas traviesa en fúlgidas pupilas,
Ágil arrobas en festiva danza,
Tu poder en un talle divinizas.

Mas, ¿cuántas veces, aún en julio bello,
No nos priva del sol nube sombría?
Pasmosa eres entonces, tu hermosura,
Torva al velar en saña repentina.

Ruges del mar en los hirvientes montes,
En alas de huracán rauda te agitas,
Acalla el trueno tu aterrante acento,
Te da su manto la borrasca altiva.

Del Sangay es tu aureola, el Cotopaxi
Te presta su terrífica armonía;
Ayes de angustia, gritos de venganza,
En tus acordes lúgubres palpitan.

Mas, calma ese furor, y de la tarde
Te cubres con la veste purpurina;
Sueñas la cabellera y melancólica
Te sientas de los Andes en la cima.

Por la estrellada bóveda, radiante,
A la par con la luna, te deslizas;
Y si el silencio rompes... en la tierra,
Tus arpegios apenas se adivinan.

Gustan entonces el dolor, la ausencia
De tu vago cantar; despavorida,
Agostada ilusión, a tu regazo
Arrójase a ocultar sus agonías.

Mas cuánto ganas en sublime encanto,
Cuando bella, inmortal sacerdotisa,
En templo mudo y solitario, aún tibio
El perfumado aliento de la brisa,

Hablas de Dios y eternidad; austera,
A la luz de una lámpara indecisa,
Aún entrever le dejas al espíritu
El siempre oscuro arcano de la vida.

Tu esencia no conozco; mas, temblando,
Doquier el alma con amor te aspira;
¡Hija del cielo o del edén recuerdo,
Ah, no a mi patria niegues tu armonía!

Hija del sol, de su radiante hoguera
Nuestras almas acaso participan;
Más si hondo sueño duermen, a tu acento
De rubor se despierten encendidas.

Cierra los ojos a su actual destino,
Canta la pompa que en su suelo brilla,
Y alzando audaz del porvenir el velo,
De la esperanza aviva la sonrisa.

ABELARDO MONCAYO ANDRADE

Abelardo Moncayo Andrade (1877)-(1939)

Nació el 7 de julio de 1877 en la hacienda “La Quinta”, propiedad de sus padres, cerca a Otavalo. Hijo de Abelardo Moncayo Jijón y de Dolores Andrade Rodríguez, nacida en El Puntal, Provincia del Carchi. No tuvo una educación formal, pues debido a los acontecimientos de su padre en relación a García Moreno, tuvo que vivir oculto la mayor parte de su juventud, época en que, igual que los pequeños de su familia y de la hacienda, recibió las enseñanzas de su progenitor.



“Alto, blanco, pelo y ojos café y bigote rojo herencia de su padre. De carácter bondadoso y hasta tierno, amigo de la sana alegría y de las distracciones que instruían y a la par que deleitaban. Fue uno de los hombres de la Revolución Juliana y el autor de las reformas económicas de 1926, que sentaron las bases de la economía y la administración nacional hasta la década de los 50”. Rodolfo Pérez Pimentel.

Al cumplir la mayoría de edad juntamente con Luis Napoleón Dillon, Luis E. Escudero, Sergio Arias Moscoso, Alberto Darquea, Rafael Orrantía, Francisco de Paula Miño y Miguel Ángel Albornoz Tabares constituyeron la Sociedad Literaria FÍGARO 1896, siglo XIX- Quito; de la cual fue su principal redactor y Miguel Albornoz, el Presidente.

De acuerdo al párrafo anterior, para comprender la importancia del término Fígaro en nuestra vida política nacional, no es por demás, hacer una disgregación para enunciar su significado en los países europeos, y emulación visionaria en América.

FÍGARO.- Término utilizado en la Ópera “LAS BODAS DE FÍGARO” (título original, Le nozze di Fígaro) es una ópera buffa en cuatro actos con música de Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791), sobre un libreto en italiano de Lorenzo Da Ponte, basado en la pieza de teatro de Pierre Agustín Caron de Beaumarchais, La Mariage de Fígaro, en la que Mozart se inspiró. Fígaro es el sirviente protagonista de la ópera que profesaba una visión política en contra de la aristocracia, hecho que provocó desde su estreno en París el 27 de abril de 1784 una sonada polémica. Lo que hizo que el emperador José II de Habsburgo del Sacro Imperio Romano Germánico, prohibiera presentarla en Austria. Ante lo cual, Ponte de la Corte de Viena y Mozart decidieron emprender en la composición de dicha Ópera con gran entusiasmo y en absoluto secreto durante el verano de 1785.

Da Ponte tuvo la astucia de suprimir los pasajes más polémicos de la obra original, no obstante Fígaro deja entrever veladamente su pensamiento en algunas ocasiones endulzando el contenido ante la censura, dando al conjunto un tono más festivo que dramático, lo que se tradujo en beneplácito del Emperador. Fue estrenada el 1° de mayo de 1786 en Viena, bajo la dirección del mismo compositor, años antes de la Revolución Francesa de 1789. La obra ha sido calificada como socialmente subversiva. El pueblo contra la nobleza. Una revolución diferente.

FÍGARO.- colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, publicados en varios periódicos de España por el periodista español Don Mariano de Larra a principios del siglo XIX (Siglo que comprende entre el 1° de enero de 1801 a 31 de diciembre de 1900).

El boom de los diarios y revistas se da entre el siglo XIX y XX. La prensa escrita fue un espacio de expresión y ejercicio para los escritores en diferentes países. Como México, donde según se anota, con la intención no sólo de incrementar la libertad, sino también formar una nación a través de las letras basándose en los valores, los sentimientos, los ideales libertarios y las nuevas ideas que llegaban del extranjero como de España y Francia.

En Chile un grupo conocido como Sociedad Literaria de 1842, integrado por importantes personas del ámbito social, político y literario, tuvo como fin fomentar la originalidad de los creadores nacionales, reforzar la cualidad social

de la literatura y rechazar los modelos literarios extranjeros; su presidente José Victorino Lastarria, en el acto inaugural, sostenía la imposibilidad de articular una literatura desligada de la realidad social. Contó con 45 socios, entre ellos Andrés Bello (1781-1865), que influyó notablemente con sus ideas, **“sólo la unidad del pueblo y la solidaridad de sus dirigentes garantiza la grandeza de las naciones”**.

Para fines del siglo XIX la proliferación de diarios y revistas es enorme y tanto mayor cuanto que muchos de ellos tenían vida corta, como publicaciones que alcanzaron significación en el momento literario que se llamó modernista.

En Chile, durante la guerra de 1891 surge la prensa satírica. EL FÍGARO, editado por Eduardo Pillips Hunees entre febrero de 1890 y diciembre de ese mismo año. El Fígaro criticó ferozmente a la administración del presidente Balmaceda en sus columnas y caricaturas. La crítica de Fígaro era marcadamente aristocrática y antipopular, rechazando la relación que fue observada entre el gobierno y los sectores medios y populares.

El modernismo literario llegó al Ecuador sin mayor tardanza en comparación con otros países latinoamericanos, como lo manifiesta M. Handelsman, a través de sus revistas literarias publicadas entre 1895-1930. La que nos ocupa y consta en un listado bibliográfico de una revista Iberoamericana, citada como : Fígaro. Quito. Órgano de la Sociedad Fígaro 1896.

Retomando el tema, Moncayo heredó de su padre la afición por la política y la causa liberal, evidenciándola en el campo de batalla así como en sus escritos. Durante el gobierno del General Eloy Alfaro (1897-1901) fue designado Bibliotecario de la Universidad Central en 1898 y al año siguiente, 1899, pasó a ocupar la Secretaría privada del Vicepresidente de la República, Dr. Manuel Benigno Cueva García y ese mismo año fue designado Cónsul General en Liverpool (Inglaterra), que lo cumplió hasta 1912, donde adquirió conocimientos de economía, política y del idioma inglés que a su regreso a la patria los pondría en función de la misma.

En el interín de esta etapa, en 1905, se interesó por la construcción del ferrocarril. Durante el segundo período de gobierno de Alfaro 1906-1911, Don Abelardo Moncayo Andrade desde Inglaterra en 1906 envió a su padre las leyes inglesas de tipo educativo. Editó "Problemas del Oriente Ecuatoriano" en 1908. Una vez terminado el gobierno de Alfaro, el 1° de septiembre de 1911 le sucedió en el poder Emilio J. Estrada Carmona, quien falleció el 21 de diciembre del mismo año por una insuficiencia cardíaca y se producen sucesos por alcanzar el poder; presentándose la candidatura del General Julio Andrade en pugna abierta contra las del General Leonidas Plaza Gutiérrez y Dr. Carlos R. Tobar.

Moncayo Andrade en apoyo a su tío el General Andrade, en el periódico "La Paz" fundado con Isaac Barrera y

Luis Robalino Dávila, publicó los Principios que Julio Andrade “sostendrá como Programa y Plan de Gobierno”. “Estas ideas de gobierno junto a conferencias, conversaciones y cartas, fueron recogidas por su sobrino en el folleto titulado De Ultratumba: Principios políticos y Administrativos del General Julio Andrade”. Este plan se truncó, pues coyunturalmente el 5 de marzo de 1912 se produce un golpe de Estado provocando el asesinato, del General Julio Andrade Rodríguez, militar liberal.

Leonidas Plaza Gutiérrez accede a la Presidencia del país el 1° de septiembre de 1912 y por 1914 sintiéndose acosado por los hechos sangrientos de Alfaro y Andrade, Abelardo Moncayo Jijón es desterrado a Lima y Abelardo Moncayo Andrade se refugió en “La Quinta”. Las situaciones fueron bajando de tono con el cese de funciones de Leonidas Plaza en 1916.

En 1919 escribe en “El Nacional” de Quito, “El Coronel Carlos Concha Torres”, “Cuando Bolívar y Napoleón se hablaron”. Al subir Tamayo al poder en 1920, Una vez que salió de su ostracismo en “La Quinta” Moncayo retomó la vida política en diferentes funciones del gobierno: Asesor en la Cartera de Haciendas, Diputado por Imbabura en 1928, Director del Tesoro en 1930, Jefe de Intervención Fiscal Bananera.

ABELARDO MONCAYO ANDRADE

**PROBLEMAS
DEL ORIENTE ECUATORIANO**

EXPLOTACIÓN, CONSTRUCCIÓN DE VÍAS FÉRREAS,
COLONIZACIÓN DE LA REGIÓN ORIENTAL, ETC., SEGÚN
EL CONTRATO

MARTÍNEZ AGUIRRE-MONCAYO

Quito

El Tiempo-262-Quito-Guayaquil

1908

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Una palabra

“La Junta de Oriente, como el gallego del cuento, presenta un bello molino imaginario en el cual todo se encuentra, menos el agua que ha de ponerlo en movimiento: el contrato Martínez Aguirre Moncayo, presenta un molino muy semejante, con más el agua. Esto es todo”. A. Moncayo A.

Van, dirigidas estas páginas, no al vulgo, naturalmente, sino a quienes, con serenidad y pleno conocimiento de causa, estudian, meditan y procuran resolver los arduos problemas de ventura y engrandecimiento para la República, en lo futuro. Ellas por casualidad han caído en nuestras manos y la clara exposición de la doctrina y el fondo de patriotismo que encierran nos han movido a dedicarles sinceramente una palabra.

No tan sólo le asistía al autor de este folleto el derecho, más aún el deber de salir en su defensa, al verse juzgado, no en el terreno de la razón y la justicia, sino en el de las vesánicas pasiones políticas que, atizadas por la mala fe, tan lastimosamente empañan y trastruecan los más caros intereses nacionales. Pero era necesario, en verdad, que pasara primero ese negro turbión para demandar oportunamente razón, equidad, imparcialidad [...].

La junta de Oriente, con sus cuadrillos y lotecitos en aquella zona, cultivados y poblados y colonizados únicamente por nosotros los moradores de las altiplanicies y sin un centavo de capital, ¿no correrá la suerte de apare-

cer en nuestra historia como la célebre boleta del tal Intendente y la renuncia del tal Ministro?

Honorables Legisladores:

Cualquiera que sea el resultado de las gestiones que, desde mediados del año 1905, he emprendido con el propósito de organizar y establecer una empresa poderosa que lleve capitales al Ecuador para la construcción del ferrocarril de Ambato al Curaray y para la colonización de la Región Oriental considero mi deber, en defensa de mi reputación personal, presentar al examen del Honorable Congreso Nacional y de la Nación en general, la exposición de las razones en que me fundo, para creer que las propuestas que elevé al Estado y que dieron por resultado la celebración de un contrato ad referendum entre el señor Ministro, doctor Martínez Aguirre, como representante del Gobierno, y el suscrito, son en todas sus partes, no sólo ventajosas, sino salvadoras para el porvenir de nuestras posesiones orientales y de la república en general [...].

Mientras tanto, la presente exposición explica mis proyectos, rectifica los errores de concepto a aquellos han dado lugar, y, si no me conquista la aprobación de mis compatriotas contemporáneos, constituirá por lo menos un documento que no dejará, lo espero, de tomarse en cuenta más tarde, ya sea para determinar la política de

colonización en el Oriente, si todavía es tiempo de procurarla, ya sea para deplorar nuestra inercia y nuestra ceguera, si como mucho lo temo, llegamos a perder ese hermoso territorio.

Honorables legisladores:

A. Moncayo A.

ABELARDO MONCAYO ANDRADE

**EL CORONEL
CARLOS CONCHA
TORRES.**

Quito-Ecuador
Impreso por F.E. Valdez
1919

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

EL CORONEL

CARLOS CONCHA TORRES

Fue de esos hombres que se levantan sobre el vulgo e imponen admiración y respeto. Entereza de carácter, valor a toda prueba, cultura intelectual nada común, talento de primer orden, patriotismo excelso, le adornaban todas las grandes cualidades que distinguen a los varones destinados a honrar la humanidad. Perteneciente a una de las más distinguidas familias del liberalismo ecuatoriano, era muy joven cuando el sacrificio horrendo del Coronel Luis Vargas Torres, hermano suyo y terminados que fueron sus estudios en uno de los mejores colegios de los Estados Unidos, consagróse a trabajos agrícolas en las propiedades de sus padres, situadas en Esmeraldas y de vez en cuando efectuó viajes al Perú y Chile, llevando valiosos artículos para la venta. La lucha que el partido liberal sostuviera durante la administración de Caamaño, lucha que costó la vida a Vargas Torres, casi dejó en ruina a la familia y Carlos Concha se propuso rehacer la fortuna por medio del trabajo y reponer ingentes pérdidas. Desde luego, ninguno de los liberales de ese tiempo desprendía la mirada del Caudillo, el ilustre General Eloy Alfaro, quien sólo aguardaba ocasión propicia para dar la voz de orden a sus amigos y lanzarse de nuevo a la heroica cruzada contra regímenes que oprimían a los ciudadanos y de todos modos ponían trabas a la marcha del pro-

greso y la civilización. Carlos Concha, en sus viajes al Sur, nunca dejó de conferenciar largamente en Lima con el General Alfaro y era el Agente de más crédito y confianza para llevar la palabra del Caudillo a los liberales ecuatorianos, en especial a los de Guayaquil, Manabí y Esmeraldas. En el Interior, entonces, había muy pocos liberales y los que alardean ahora de serio eran enemigos o pertenecían a familias que odiaban mortalmente a todo cuanto tuviera apariencia de liberalismo. Los tiempos han cambiado, no es raro que haya tantos liberales, mucho más cuando de ello resultan pingues beneficios y a última hora se puede acudir al cura, para el consabido pasaporte a la eternidad...

El viejo Caudillo liberal, después de larga e infructuosa correría por el Continente Sudamericano, decepcionado, pero lleno de fe, a pesar de todo, escogió como Cuartel General, una pequeña ciudad de Centro América y desde allí mantuvo activa correspondencia con sus amigos de la Costa ecuatoriana. Carlos Concha, y Elicio Espinosa eran los de mayor confianza del Caudillo. En Guayaquil existía un núcleo vigoroso de jóvenes liberales adictos al Jefe, entre otros, José de Lapierre, José Luis Tamayo, Miguel Ángel Carbo, Serafín S. Wither y esa pléyade hermosa y viril que acudió espontánea cuando la aurora de la libertad comenzó a clarear en el horizonte de la patria.

Preparado el terreno, si así puede decirse, la codicia de Caamaño fue la chispa que prendió en el corazón de los

patriotas y estalló en toda la República la gran revolución del 95. El 5 de Junio fue su culminación gloriosa. Todos los ojos se dirigieron hacia el Luchador infatigable que esperaba tranquilo y confiado el éxito de su labor de tantos años y vino al Ecuador llamado, ya no sólo por sus partidarios y amigos fieles, sino por los pueblos también. Sabido es que la Junta de Notables de Guayaquil trató de establecer una nueva Argolla y prescindir por completo del General Alfaro; pero sus amigos y el pueblo protestaron con energía y la aclamación al Jefe liberal fue la que prevaleció. Es enteramente falsa la aseveración de don Miguel Valverde en un artículo que “El Día” acaba de reproducir y aquello del soldado funesto traído de playas centro-americanas para causar mayores males a la patria, por imposición de la Junta, no tiene importancia tampoco, ya que el Sr. Valverde alimenta odio profundo a la memoria del General Alfaro. Sabido también que en el 95 todos los liberales reconocíamos como único Caudillo al héroe, del “Alajuela” y el señor Valverde no ignora que los que hicimos nuestras primeras armas en el Norte y en el Centro de la República llevábamos en la mente la proclamación del General Alfaro y por él fuimos al combate y a la victoria. El señor Valverde era uno de los más activos en la conspiración, estaba al tanto de todo y bien sabía que, caso de que triunfásemos, el único aclamado sería el General Alfaro.

A principios del 95 circuló muy a hurtadillas una proclama del General Alfaro en que llamaba los pueblos a la guerra y ofrecía su concurso. Como nadie ignora los acontecimientos se precipitaron de asombrosa manera y se produjo la caída de Caamaño y sus cómplices. Carlos Concha, quien no había cesado de recibir instrucciones del Caudillo se levantó en armas en la provincia de Esmeraldas, atacó la ciudad del mismo nombre —gloriosa entonces y después más gloriosa todavía— y rindió la guarnición comandada por el Coronel Ricardo Cornejo. Organizado que hubo su pequeña tropa, con armas aportadas por él y las que tomara al enemigo, prestamente acudió a Guayaquil y luego se incorporó en Ambato con el General Alfaro y su Ejército, ya vencedor en Gatazo de las huestes del General Sarasti. Tenía Concha a la sazón treinta y un años. De complexión delicada y nerviosa, estatura mediana, semblante pálido, frente espaciosa, cabellos negros y ensortijados, el brillo de los ojos igualmente negros y penetrantes, daba especial atractivo al conjunto, así como su conversación amena, interesante e instructiva ejercía una especie de seducción. El General Alfaro confirmó el grado de Coronel que sus tropas le dieran cuando la toma de Esmeraldas y entre sus Tenientes era uno de los más distinguidos.

Ahora poco he leído uno como esbozo sobre el carácter y cualidades del Coronel Concha, esbozo debido a la pluma del Dr. Luis F. Borja, y los conceptos que emite,

aunque bien clara aparece la intención, contienen cierta justicia respecto del Coronel Concha. Por desgracia, al ensalzarlo, deprime inmerecida, desconsideradamente al Jefe del partido, y cualesquiera que sean los motivos que impulsan al Dr. Borja para lanzar dicterios contra el General Alfaro, han pasado ya de todo límite y el odio hacia un muerto, el rencor hacia las cenizas de un mártir, no son propios de nobles corazones. En Bogotá, la clásica tierra del talento y la ilustración, acaba de expedirse el Acuerdo siguiente: **“La Convención Nacional del Partido Liberal,** —Considerando:— Que el liberalismo de la República del Ecuador proyecta erigir un monumento que perpetúe la memoria del ilustre mártir de la Democracia, General Eloy Alfaro, en el cerro de Santa Ana, en Guayaquil; —Que el General Alfaro fue un esforzado paladín del liberalismo americano y deferente amigo de Colombia, para la cual tuvo siempre bellos actos de simpatía en horas aciagas, llegando a considerar a Colombia como a su propia patria; —Que en asuntos internacionales prestó espontáneamente sus valiosos servicios, como leal amigo de todos los colombianos; —Que el Partido Liberal tuvo siempre en el ilustre Caudillo un ejemplo de lo que vale la fidelidad a la bandera liberal, por la cual luchó treinta años hasta llevar al Poder al Partido en el Ecuador; y —Que el General Eloy Alfaro fue una legítima encarnación del liberalismo doctrinario, una austera probidad, un devoto del progreso y un patriota acreedor de que su memoria se perpe-

túe,— Acuerda:- Excitar al liberalismo colombiano a fin de que coadyuve a las labores del Comité ELOY ALFARO, que está organizado en esta capital, con el fin de recoger fondos en beneficio de la realización del proyecto iniciado por el liberalismo ecuatoriano, en honor del eximio caudillo de la Democracia americana y mejor amigo de Colombia”. Quienes suscriben tan valioso documento son prominentes personajes del liberalismo colombiano y entre la opinión de estos caballeros y la del doctor Borja, con perdón suyo, me atenga la primera y conmigo estará de acuerdo la mayoría sensata de los ecuatorianos. Desde que el General Alfaro distinguió al Coronel Concha, le dio puestos de confianza y siempre le consideró como amigo fiel y leal, es claro que, cual acontece con todo hombre superior, supo apreciar sus grandes méritos y aquilatar en lo justo la valía de su persona. Yo soy de los más entusiastas admiradores del Coronel Concha y en ningún caso trataré de menoscabar sus virtudes y merecimientos; pero asimismo estimo que la superioridad del General Alfaro es incuestionable [...].

Porque, vivo, era Concha una esperanza, muerto, es una doctrina, la del derecho democrático, la de la resistencia a la tiranía, la del sacrificio individual por el bien colectivo; y esa doctrina extendiéndose a todo el país; unirá un día a todos los ecuatorianos en su invencible anhelo de libertad, que hará del Ecuador una verdadera república.

A. Moncayo Andrade

A. MONCAYO ANDRADE

**Quando Bolívar y Napoleón
se hablaron.**

Quito Ecuador

Tip. de la Escuela de Artes y oficios

1919

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Al pueblo del

10 de Agosto de 1809

y del

9 de Octubre de 1820

en el

24 de Mayo de 1919

*Gloria al bravo pueblo
que el yugo rompió...
¡Abajo cadenas! clamaba el Señor...*

Himno Venezolano.

*La libertad sublime
derrama las auroras
de su invencible luz...*

Himno Colombiano,

*¡Salve oh Patria!...
tu pecho rebosa
Gozo y paz...*

Himno Ecuatoriano.

Somos libres; y lo seremos siempre

Himno Peruano.

Mucha *libertad* en los himnos nacionales, muy poca en el pasado, ninguna en el presente, ni el menor anhelo de ella en los corazones... *Gozo y paz?* ... los de contiendas fratricidas, prisiones, destierros, asesinatos... —Cuando presencié las festividades con que anualmente conmemoramos las grandes fechas de la Emancipación Americana— retreta en la plaza de la Independencia, fuegos artificiales en la de Santo Domingo, velada literaria en el Teatro Sucre, loas en los planteles docentes, tal cual banderín o farolillo en los balcones, - y

medito en los resultados que, en este y otros países hispano-americanos, han producido los esfuerzos de los libertadores, me pregunto si Bolívar no prefiriera haberse cortado las dos manos, antes que inmortalizarse *“como autor perverso de tan lamentables mutaciones”*.

Comprendo demasiado que hacer hablar a grandes personajes de la historia es impertinencia sacrílega; y no habría excusa para la mía, si estas páginas tuvieran pretensiones literarias. Pero mi intención no es hacer literatura, sino buscar manera de copiar y repetir palabras ya olvidadas, que no han perdido, por desgracia, nada de la actualidad, de la verdad y de la trascendencia que tuvieron —hace un siglo—, en el momento en que fueron escritas o pronunciadas. Y habré realizado mi propósito, si la lectura de estas líneas lleva a algunos ánimos ecuatorianos la convicción de que, para honrar dignamente la memoria de nuestros héroes, debiéramos hacer algo más que quemar un paquete de triqui-traques en tal o cual día del año.

A . M. A.

Aquella mañana había sufrido el Libertador, un ligero síncope. Muy alarmado el Dr. Révérend continuaba exigiendo el más completo reposo.

– Pero, mi General...! Volvió a decir.

– No, no, mi querido doctor,- insistió el ilustre enfermo, - no crea usted que puede serme fatigosa o desagradable la visita de este caballero que ha cruzado todo el Pacífico sólo para verme. En cualquier momento hace bien una demostración

de aprecio, y, en este, no hay sobra de ellas que digamos... – añadió con una sonrisa, volviendo los ojos a una mesa cargada de papeles impresos, en alguno de los cuales resaltaba en letras gordas el nombre del General José Antonio Páez.

El Dr. Révérend hizo un gesto de resignación y Don Joaquín de Mier, abriendo la puerta, llamó en voz alta:

– El Coronel Campbell.

El oficial británico presentóse inmediatamente. Vestía gran uniforme de parada y llevaba el pecho constelado de cruces y condecoraciones. Detúvose a la entrada, con la soltura discreta y deferente que da la frecuentación de cortes regias y de grandes personajes.

– Bienvenido, Coronel Campbell, –dijo el Libertador,– Aprecio en lo que vale la delicada atención de su visita y se la agradezco de corazón.

El extranjero parecía demasiado conmovido para hablar.

– Ya me han informado –continuó Bolívar– que viene usted de la India, que estuvo en Santa Helena y que hizo la guerra en Europa, a órdenes de Lord Wellington.

– Si excelencia, contestó el Coronel Campbell [...].

“Pobre Libertador!..–murmuró cariñosamente Napoleón, inclinándose con delicadeza exquisita a arreglar los cojines en que el enfermo descansaba.

Y, en ese instante, le pareció a Bolívar que el Emperador hablaba con un marcado acento francés, muy parecido al del Doctor Révérend.”

BIBLIOGRAFÍA

ALARCÓN C. César A. Diccionario Biográfico Ecuatoriano. Fundación Ecuatoriana para el Desarrollo FED. Ed. Raíces Quito 2000.

BIBLIOTECA NACIONAL DEL ECUADOR “Eugenio Espejo” Fondo Ecuatoriano Republicano, Prensa Antigua. CCE Benjamín Carrión. Quito. Digital Repositorios.

BRICEÑO, Ramón. Estadística bibliográfica de la literatura Chilena 1812-1876 Biblioteca Nacional de Chile 1965-1966 en conmemoración del centenario de la muerte de Andrés Bello. Tres volúmenes.

ENGLEKIRK John, ESTUDIOS Revista Iberoamericana. La literatura y la Revista Literaria en Hispanoamérica. Universidad de California, Los Ángeles. 1961.

HENRÍQUEZ Ureña, Pedro. Historia Cultural y Literaria de América Hispana. Prosperidad y renovación 1890-1920. Editorial Vermún 2008. Impreso en España.

MINISTERIO de Educación. LIBRO DEL CINCUENTENARIO de la fundación de los Colegios Normales 1901-1951. Imprenta del Ministerio de Educación, noviembre de 1951. Quito.

Moncayo Jijón, Abelardo. Blogs literarios. POETAS FAMOSOS (y sus mejores poemas).

MONCAYO Jijón, Abelardo. AÑORANZAS. Introducción por Pío Jaramillo Alvarado. Publicado por Talleres Tipográficos Nacionales. Quito-1923. Fondo Ecuatoriano Republicano . Bib. Digital CCE.

MONCAYO Jijón, Abelardo.(1901) LA SOLEDAD DEL CAMPO: CONTEMPLACIÓN. Imprenta de El Diario. Quito. F.E.R. CCE.

MONCAYO Jijón, Abelardo. EL DIEZ DE AGOSTO DE 1809:

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS. Tip. Escuela de Artes y oficios, 1879. Quito. Archivobiográfico Ecuador. Web de Rodolfo Pérez P.

MONCAYO Andrade, Abelardo. (1908) PROBLEMAS DEL ORIENTE ECUATORIANO, explotación, construcción de vías férreas, colonización de la región oriental, etc.; según el contrato Martínez Aguirre-Moncayo. El Tiempo. Quito. F.E.R. CCE.

MONCAYO Andrade, Abelardo (1919). EL CORONEL CARLOS CONCHA TORRES. Impreso por F.E. Valdez. Quito. F.E.R. CCE.

MONCAYO Andrade, Abelardo. (1919). CUANDO BOLÍVAR Y NAPOLEÓN SE HABLARON. Tipografía Escuela de Artes y Oficios. Quito. F.E.R. CCE.

PÉREZ P. Rodolfo. Diccionario Biográfico del Ecuador. Tomo 5. 2ª Edición. Imprenta de la Universidad de Guayaquil 2002.

SILVA Castro, Raúl. Literatura Crítica de Chile. Editorial Andrés Bello 1969.

SABIDO Sánchez, Fernando. Editor de Antología POETAS PARA EL SIGLO XXI. España 03-13-2013.

Wikipedia Enciclopedia. Sociedad Literaria FIGARO-Chile de 1842.

CCE Benjamín Carrión. Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Antología Poetas para el siglo XXI. contiene más de 18.800
poetas de 195 países

Sabido Sánchez Fernando. España. Marzo 2013



cce
IMBABURA

www.casadelacultura.gob.ec

2019

La CCE, sembrando la buena semilla de la patria

Colección 
TAHUANDO

270